



NOE
CASADO
Y NO ME
IMPORTA
NADA

ICE STAR, 1

Mi relación con Ezra fue igual que un cóctel de frutos secos: cuando abres la bolsa, te prometes a ti misma que te comerás únicamente lo que te gusta y tirarás a la basura esos garbanzos tan duros que solo meten para rellenar. Aunque al final te sorprendes, pues acabas con todo, con lo bueno y con lo malo.

Del mismo modo acepté a Ezra, un hombre que representaba cuanto yo aborrecía y que, además, se jactaba de ello.

Pasé por alto las señales e hice oídos sordos a sus advertencias de que no era tan solo el típico malote que fumaba a escondidas en el instituto, robaba en los supermercados o falsificaba las notas.

Ezra hacía mucho daño a quienes él decidía, en especial a las mujeres. No le temblaba el pulso para mantener su posición dentro de ese mundo sórdido en que estaba instalado.

Yo fui testigo de ello.

Intenté huir.

Y a punto estuve de lograrlo.

Sin embargo, debería haberme alejado antes.

A quienes buscan siempre el final feliz.

Deja las mujeres
hermosas
para hombres
sin imaginación.

9.01

MIÉRCOLES, 1 DE ABRIL DE 2015

OFICINAS PROVISIONALES DEL GRUPO ESPECIAL ANTIMAFIA
(GEAM)

EN UN LUGAR INDETERMINADO DE LA PROVINCIA DE SORIA

Cris

–Buenos días a todos. Sentaos, por favor.

Miro al grupo de desconocidos que, al igual que yo, toman asiento en unas sillas que han visto tiempos mejores.

Hemos sido convocados de una forma tan extraña y rápida, que yo he estado a punto de no venir. Si he accedido es porque la convocatoria la firmaba el comisario Saravia, mi exmarido.

Y ahí está, mirándome con disimulo. Yo no voy a contarle a nadie nuestro pasado en común y algo me dice que Jaime tampoco.

–Os estaréis preguntando qué hacéis aquí –dice, de pie frente a nosotros. Se apoya ligeramente en la mesa y cruza los brazos.

Llevamos tres años divorciados y aún me parece sexi.

Quita, quita, mejor me concentro en otros asuntos, no vayamos a tener un disgusto. Aparte de mi ex y de mí, hay cuatro personas más, dos mujeres y dos hombres. Paridad, por lo visto.

–Para empezar, os diré que se ha creado un grupo especial para combatir nuevas formas de delito que se están imponiendo hoy en día –explica en tono afable, aunque muy profesional.

Al parecer, los presentes hemos sido seleccionados para el nuevo grupo.

Escribe en la pizarra blanca las letras GEAM.

Doy por hecho que es un acrónimo.

–¿GEAM? –pregunta la chica que se ha sentado a mi izquierda. Una mujer de color, con un pelazo increíble.

–Grupo Especial Antimafia –aclara Jaime.

–Qué original –murmuro, solo me oye la chica, que me sonrío y asiento.

–Me llamo Olga –se presenta en voz baja.

–Yo Cristina –respondo también en un susurro, y nos ganamos una mirada de advertencia de mi ex.

Él rara vez alza la voz, es más partidario de fulminarte con la mirada, y con esos ojos grises que se gasta, funciona. Bueno, funciona con la gente que no lo conoce, conmigo hace tiempo que no tanto.

Me parece muy raro que haya contado conmigo, en especial tras nuestro último encuentro, hace ya casi un año, cuando coincidimos en la notaría para firmar la venta del apartamento, ya que por fin había aparecido una compradora dispuesta a pagar el precio.

Fue un encuentro frío, sobre todo por mi parte, porque aún seguía resentida con él. Jaime intentó ser amable, me invitó a comer y yo lo mandé a paseo.

–Empezaré con las presentaciones –dice, sin salirse de su papel de comisario.

Hoy lleva unos vaqueros negros y una camisa blanca; se conserva muy bien para haber cumplido los cuarenta y cinco. Y por rumores que me llegan, porque a la gente le encanta chismorrear y contarte cosas de tu ex para ver si te pones verde de envidia, compañía femenina no le falta. No las culpo, Jaime es de esos hombres que saben seducir sin que te des cuenta.

Conmigo, desde luego, así fue. Jaime era uno de los instructores. Yo, psicóloga recién licenciada, con poca o ninguna posibilidad de encontrar trabajo o de montar

despacho propio, así que terminé en la Academia de Policía y liándome con un profesor unos años mayor.

Disimulamos durante un tiempo, pero al final me casé con él. Lo fueron ascendiendo hasta llegar a comisario y yo comencé a ejercer como psicóloga de policías problemáticos, con escaso control de la ira, con los que me desespero. O bien de agentes traumatizados tras una experiencia complicada, los más difíciles. Y lo más aburrido, hacer evaluaciones psiquiátricas para ver el estado de la plantilla.

Me habría gustado más ejercer con personas ajenas a la Policía; sin embargo, aún no he encontrado el modo de montar mi propia consulta y me tengo que conformar con esto.

Mi relación con Jaime era buena y estable, o eso creía yo, hasta que lo pillé follándose a una novata en los aseos de un restaurante durante la cena de Navidad. Claro, yo me cogí un cabreo de tres pares y Jaime dijo que iba pedo, que ella se le había echado encima. Lo de siempre y, por supuesto, me largué de casa y pedí el divorcio.

Él intentó convencerme de que recapacitara y se empleó a fondo. Me repitió que la chica era la responsable, que lo había seducido. ¡Ja! Encima echando balones fuera, algo que odio. Y de ninguna manera caí en la trampa de ir a tirarle de los pelos a una desconocida. El responsable al cien por cien era Jaime. Así que me mantuve en mis trece y no cedí. De forma que, tras seis años de matrimonio y uno de amantes de tapadillo, nos separamos. A él lo trasladaron y yo seguí en mi puesto.

Una cosa hay que reconocerle a mi ex, vengativo no es. Tampoco es que se aireara mucho el asunto. A pesar de que surgieron todo tipo de especulaciones sobre nuestro divorcio, ambos mantuvimos silencio y al final, como ocurre casi siempre, surge otro cotilleo para entretenerse y listo.

–Y, por último, ella es Cristina Líster. Psicóloga –dice Jaime señalándome.

Entonces me doy cuenta de que he estado absorta en mis elucubraciones y no he escuchado nada de lo que han dicho. Genial, comenzamos de puta madre. Sonrío para disimular, porque todos me están mirando, incluido mi ex, que tal vez sospecha que no he prestado mucha atención.

–Bien, hechas las presentaciones –prosigue–, vamos a lo que importa: nuestro objetivo.

Un tipo, que aparenta tener veintipocos años, levanta la mano.

–Esto... una duda...

–¿Sí? –replica Jaime con tono de ¿cómo te has atrevido a interrumpir?, que evidentemente no capta el chaval, porque prosigue:

–Yo acabo de salir de la academia, y vaya por delante que agradezco el hecho de que me haya llamado, comisario, pero ¿no sería más lógico contar con personas con experiencia?

Confirmado, un novato. A ver lo que tarda en aprender la regla número uno: cuando el jefe (comisario) dice «mierda», todos han de responder «¡presente!». Traducido: oír, ver y callar.

Jaime sonrío comprensivo y la otra chica, de la que no sé todavía el nombre ni qué pinta aquí, le pone ojitos. Huy, huy, a ver si la vamos a liar...

–Mira, Antonio, comprendo tu punto de vista –responde Jaime, y yo, que lo conozco, sé que su tono comprensivo es falso–; no obstante, deberías considerar esto como una oportunidad única. Te vas a ahorrar mucho trabajo desagradable y aburrido. Además, en principio no vas a estar en primera línea. Tu función será de apoyo.

–Ah, vale –murmura el chico, no sé si muy convencido.

–Sigamos entonces –indica Jaime–. El subinspector Julio Vega me ayudará en la coordinación de todo el operativo.

Vale, el tipo de barba se llama Julio. Subinspector. A este tampoco se le replica.

El aludido se pone de pie, se acerca a él y le entrega una memoria USB, lo que indica que existe confianza entre ellos.

–Vamos a repasar un informe sobre uno de los tipos a los que vamos a investigar, que se ha afincado en España. Interpol, que ya lleva tiempo tras él, nos lo ha remitido – dice Julio.

«Genial», pienso y disimulo un bostezo.

Apagan las luces y la primera imagen que aparece en la pantalla es la de un hombre que...

–Joder, qué rubio tan chulazo –comenta Olga a mi lado.

–Y que lo digas –convengo, y me quedo corta.

Nos ganamos una mirada reprobatoria de los hombres. La otra mujer parece absorta en mi ex, aunque él creo que aún no se ha dado cuenta, está pendiente de mí.

–¿Noruego? –sugiere Olga, emocionada e interesada, igual que yo.

Ojo, no en la misión, sino en el maromo.

Madre del amor hermoso.

–No –responde Jaime cortante, y entiendo que no quiere entrar en esos detalles, a no ser que lo decida él mismo.

–¿Finlandés entonces? –insiste Olga.

–Polaco –aclara Jaime, tras fulminarla con la mirada.

–Qué interesante –apunto yo.

–Vamos a centrarnos en lo importante –pide Julio, aclarándose la garganta–. Este tipo es el heredero natural de Olaf Bogdanov.

En teoría, todos los allí presentes deberíamos saber quién es ese tal Bogdanov, pero yo ni pajolera idea, ya preguntaré más tarde, aunque, teniendo en cuenta las circunstancias, seguro que no se trata de un filántropo del Este.

Julio pasa la imagen y vemos a un vejstorio.

–Un mafioso, exmilitar ruso, que hizo fortuna vendiendo secretos y armamento militar tras la caída de la URSS. Digamos que es, bueno, era, el ejemplo perfecto de mafioso. Los negocios típicos.

–Entonces no lo comprendo, ¿no hay una Unidad para eso? –pregunta la chica de momento sin nombre, solo para que Jaime le preste atención.

–Eugenia, no interrumpa –le espeta mi ex.

Vale, ya sabemos cómo se llama y está claro que Jaime no está por la labor de entablar con ella algo diferente a una relación profesional.

–Como iba diciendo –prosigue Julio–, el tipo en cuestión falleció hace dos años, dejándole todo su imperio mafioso, y les aseguro que no eran cuatro cosillas, a su protegido. Aunque, según nuestros informes, ya hacía tiempo que este llevaba el control de todo.

Vuelve a aparecer la imagen del chulazo rubio y de nuevo Olga suspira y yo la imito. Hasta creo que me voy a abanicar.

–Esta misión empieza a gustarme –comenta ella, haciéndome reír.

–Aún no ha empezado ninguna misión –le suelta mi ex.

Y nos ganamos otra mirada de advertencia. Sé que, debido a nuestro pasado común, Jaime no me mandará callar como a la otra, pero no sé cuánto tiempo me tolerará este comportamiento.

–Su protegido, ese que por lo visto levanta pasiones –dice Julio con sarcasmo, y pasa a la siguiente imagen, en la que se ve otra vez al chulazo polaco, ahora con gafas de sol–, heredó todo un imperio ¿y qué creen que hizo?

Olga y yo nos miramos y nos leemos el pensamiento: *Oh my God!*

–No dar un palo al agua y vivir de las rentas –respondo, callándome que lo más probable es que se esté dando la vida padre, rodeado de mujeres y lujos en la costa.

–Cristina, por favor –me reprende Jaime.

–Pues no, señorita Líster –me contradice Julio; desconozco si estará al tanto de la relación entre el comisario y yo–. El tipo, en vez de vivir de las rentas o continuar con el legado, se ha modernizado y ya no se dedica al tráfico de armas, ni de drogas, y creemos que tampoco de mujeres. No del modo habitual, en todo caso.

–Qué raro... –susurra Antonio, el novato, que intenta, creo yo, congraciarse con los jefes.

–Mucho, porque sus negocios, en apariencia legales, son casi la tapadera perfecta.

–¿Qué tipo de negocios? –inquire Eugenia.

–Dirige empresas que podríamos denominar logísticas, que se dedican a dar servicio a los mafiosos tradicionales. Y no solo eso, se sospecha que está metido de lleno en las apuestas deportivas de internet y ya, para rematar, acaba de inaugurar un club de lujo.

Siguen pasando imágenes del tipo. Jo... der, en todas se lo ve impresionante. Casi siempre viste camisa gris y pantalón negro. Lleva un corte de pelo moderno y gafas de sol, lo que impide ver sus ojos, y en las fotos en las que no las usa, no se puede saber el color.

–Así, a ojo, le calculo un metro noventa –pondera Olga, y asiento–. Y es evidente que hace deporte. Joder, cómo está la mafia.

–Centrémonos, por favor –nos pide Jaime.

–En estas fotos –prosigue Julio–, vemos el club que acaba de inaugurar, lleva apenas tres meses en funcionamiento, el Ice Star.

–¿Un club para ricos? –pregunta Eugenia, que parece la más aplicada de la clase, no ha hecho ni un solo comentario sobre el buenorro rubiales.

–Se podría decir que sí –responde mi ex, y, puesto que no me queda más remedio, me fijo en la pantalla–, pero no es solo un lugar de esparcimiento. Se sospecha que ha instalado ahí su cuartel general de operaciones. También

creemos que ese establecimiento no es un club común, donde van los ricos a divertirse, sino un club... –Se detiene y se lo nota indeciso.

Veo un edificio espectacular, de diseño moderno, con clase, en forma de pirámide. En la parte superior se adivina una gran terraza acristalada. Da la sensación de ser más un hotel de esos en los que te cobran una fortuna por cualquier pijada.

–¿Un club de emociones fuertes? –apunto, utilizando un eufemismo y mirando a Jaime y él asiente no muy cómodo, pues en una ocasión nos dio por ir a uno de esos lugares de intercambio, para revitalizar nuestro matrimonio, y él fue el primero en decir que aquello no le gustaba. Yo me habría quedado un rato más a explorar; sin embargo, no pude hacerlo.

–Ostras, vaya misión más cojonuda –comenta por lo bajo Olga.

–Entre otras cosas –añade mi ex–. El caso es que no nos interesa qué hace en ese club la gente adinerada, la cuestión es que tenemos serias dudas de si las mujeres que allí... «trabajan» –se aclara la garganta– lo hacen libremente. Y, por supuesto, queremos conocer al detalle los negocios que se cierran en ese local.

Siguen pasando fotos en las que vemos al mafioso macizo en diferentes ambientes, siempre rodeado de lujos y de otros tipos fornidos y con traje, que también parecen haber pasado un *casting* de cachas.

No hay mujeres cerca, bueno, a excepción de una que aparece en varias instantáneas con el polaco. Una tan rubia e impresionante como él.

–Me da la sensación de que está pillado –me dice Olga en voz muy baja, y cubriéndose la boca con la mano.

Yo asiento.

–¿Y por qué no organizamos una redada? –propone el novato, y todos sin excepción lo fulminamos con la mirada.

Julio se rasca la barba antes de responder.

–A ver, chaval, lección número uno: nadie, ningún juez, nos va a dar una orden de registro.

–Perdón –murmura avergonzado–. ¿Y qué se puede hacer?

–Lección dos: escuchar a tu superior –le suelta Julio–. Siempre.

El chico asiente.

Me dan ganas de decirle que o aprende rápido o las va a pasar canutas. Todos hemos sido novatos y hemos vivido lo de no saber por dónde te da el aire. Por eso el lema es oír, ver y callar; para no meter la pata.

–Bien, como iba diciendo antes de las interrupciones –sigue el subinspector Vega–, es evidente que, ahora, el modelo de actividades delictivas ha cambiado y por eso se ha creado esta unidad.

–Y nuestro objetivo es buscar pruebas sólidas –sentencia Jaime.

Eugenia, que ha aprendido la lección, levanta la mano para hablar y mi ex le hace un gesto para que lo haga.

–¿Qué tipo de operativo se va a poner en marcha?

Olga, a mi lado, susurra algo parecido a «pelota» y también levanta la mano.

–Habla del operativo enseguida –contesta Jaime, y después señala a Olga para que formule su pregunta–. ¿Sí, señorita Matallana?

–¿Cómo se llama el chulazo, perdón, el interfecto? –inquire Olga.

Yo me río entre dientes.

11.15

MIÉRCOLES, 1 DE ABRIL DE 2015

OFICINAS PROVISIONALES DEL GRUPO ESPECIAL ANTIMAFIA
(GEAM)

EN UN LUGAR INDETERMINADO DE LA PROVINCIA DE SORIA

Cris

–Menos mal que nos han dejado salir a tomar un café –
comento junto a la máquina.

Me acompañan Olga y el novato.

–Nos han dado la chapa y pintura –añade Olga, que
carece de filtro verbal.

De reajo, observo que mi ex sigue pendiente de mí.
No me gusta. Algo trama.

Hay unos cuantos psicólogos disponibles y me llama a
mí. A saber qué malignas intenciones oculta tras su apa-
riencia de comisario respetable.

Jaime es de esas personas que sabe esconder bastan-
te bien lo que siente, cuando le interesa, claro. Por eso ha
llegado a comisario. Pero mientras duró nuestro matrimo-
nio, llegué a conocerlo bastante bien y conmigo ya no le
servían sus expresiones tan políticamente correctas, por
eso ahora estoy con la mosca detrás de la oreja.

–Pues para ser de máquina, este café no es tan malo –
afirma el novato.

–Joder que no, vaya mierda –apunta Olga con cara de
asco, aunque se lo bebe.

–Recuelo y gracias –añado yo, que también me lo to-
mo; más que nada porque no hay otra cosa.

–Ya podrían estirarse un poco y sacar un piscolabis –
murmura Olga en voz baja, para que no nos oigan los je-

fes.

–Habrá que acostumbrarse –dice el novato.

Olga y yo nos miramos y ella replica:

–Chaval, no te conformes con esta mierda.

–Y hablando de todo un poco, ¿por qué pensáis que nos han seleccionado? Yo no me he apuntado a nada –les explico.

–Porque somos los mejores –responde Olga toda chula, y nos echamos a reír.

Cada vez me cae mejor. Presiento que este va a ser el inicio de una gran amistad.

–En serio –insisto sonriendo–, ¿no habéis oído nada por ahí?

Mis compis de máquina de café/recuelo niegan con la cabeza. Es evidente que solo Jaime y Julio saben qué se cuece. Bueno, tendremos que esperar.

Podría acercarme a mi ex y preguntarle directamente, pero no quiero aprovecharme de nuestro pasado.

Nos hacen una seña para que volvamos a la sala de reuniones y nos sentamos de la misma manera que antes de la pausa para el café. Jaime retoma la charla, no sin antes mirarnos serio para que guardemos silencio.

Cuando se fija en mí, arqueo una ceja con cierto desca-ro y él sonrío con disimulo.

¿Está coqueteando conmigo?

Peor aún, ¿soy yo quien coquetea con él?

–Como habréis imaginado, vamos a investigar a este tipo. –Señala la pantalla, en donde vemos otra foto de esas que te revolucionan.

Creo que Olga ha suspirado.

El interfecto, vestido con el que parece ser su uniforme, camisa gris de esas con leve brillo, que puede parecer de chulo hortera, y pantalón negro de vestir, con pinta de estar hecho a medida, apeándose de un Ranger Rover Sport negro.

–Aún no sabemos cómo se llama –interviene el novato.